

[Edición digital basada en la de *La Ilustración Española y Americana* (*Museo Universal. Periódico de Ciencias, Arte, Literatura, Industria y conocimientos útiles*), año 14, n.º 13, 28 de junio de 1870, págs. 195 y 198-199, con la paginación original].

© Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006

## Varias poesías con que un autor celebró sus amorosos cuidados.

Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897)

[-195→]

No es a la verdad en poetas líricos en lo que pasa por pobre la literatura española. Bien sabido es en qué otros géneros literarios, y en cuáles ciencias o artes nos llevan ventaja los extranjeros; mas por lo que toca al número de poetas líricos, quizá no nos supere nación alguna. En cuanto al mérito, de todo hay, como es razón, pero no la tendríamos tampoco para quejarnos de nuestra suerte. Lo cierto es que, entre antiguos y modernos, poseemos tales poetas líricos, que pudieron alcanzar alto puesto en un certamen universal. Aunque a alguien parezca, por eso mismo, vano empeño el de aumentar con uno más su interminable catálogo, estoy yo, por mi parte, muy lejos de participar de opinión semejante. La huella de todo hombre de mérito merece para mi ser conservada, cuando, por acaso, se la encuentra impresa en el polvo donde tantos y tantos millones de otros no dejan señal ninguna; y mérito tenía ciertamente el autor del libro inédito cuyo título encabeza este ligero artículo.

Soy yo, además, de los que, deplorando y todo, que no sea también rica España en autores o libros de otras materias, miran bien que posea al menos muchos y excelentes poetas, no solamente dramáticos, sino líricos. Algo ha de influir en mi opinión el amor que profeso a la poesía lírica, del cual he dado muestra cultivándola un tanto, siempre que mayores cuidados lo han permitido; pero tampoco carezco de razones en que fundarme. De buen grado reconoceré, no obstante, que tanto arroyo y fuente, tanta selva y prado, como suele traer a cuento este género de poetas, lícitamente pueden causar fastidio a las personas graves en el siglo positivo y pensador en que estamos. Mas, bien considerado, es claro, que ni el mundo se compone totalmente de industriales o sabios, ni la vida del hombre es completa, cuando toda la dedica a cosas de razón. Hay, a no dudarlo, en el alma, cierta cuerda sutil y dulce que saben sólo tocar las artes, la cual resuena apaciblemente siempre que en ella se hiere, mal que pese a la sociología, a la mecánica, o a la química. Atrae especialmente a unos la pintura, a otros la música, y a los más la poesía lírica: porque ningún arte responde tanto como este de la palabra en verso, a la sed de ideal del alma; ninguno refleja, por tan exacta y copiosa manera sus aféelos diversos; ninguno tiene raíces tan hondas en su naturaleza, cualquiera que sea el disfavor, seguramente pasajero, con que se miren los artificios métricos. Ni es razón el que los poetas abusen a las veces, con disgusto de las personas excesivamente serias, de selvas o fuentes, para proscribirlos o desear que sean menos en número, sobre todo en España; región donde tan poco verdor y escasas aguas consienten la serenidad constante del cielo y los rayos abrasadores del sol, que más bien es de agradecerles el que, siquiera en la fantasía, nos den algo de lo mucho que la realidad nos niega, y el que alaben lo que tenemos, cuanto merece, por su propia rareza. Nadie como el poeta semita, por lo mismo que suele experimentar todavía más que el castellano los estragos

alegres del sol en la naturaleza (cuando impera en ella con poder absoluto), sabe estimar y celebrar la belleza del hilo de agua que basta apenas a apagar su sed, o la de los harenes de escuetas palmeras que con sus flotantes copas interrumpen la soledad del desierto; ni ha habido hasta aquí hombres que tanto gusten, por igual motivo, de la poesía lírica como los árabes en sus buenos tiempos. No trato de comparar precisamente con los del Asia o África nuestros campos; pero es indudable que ni al hijo de Madrid o Sevilla, ni al estudiante de Alcalá o Salamanca de mediados del siglo XVII. por ejemplo, podían fastidiarle tanto ciertos primores descriptivos en los versos líricos, como a nuestros filósofos y hombres de Estado, o de negocios de ahora, que, gracias a los ferrocarriles, van a buscar cuando quieren, y donde los hay, los bosques o prados, fuentes o ríos de verdad, que muchos de nuestros antepasados se contentaban con gozar en verso. Hoy mismo es, sin embargo, y la poesía lírica, con sus lugares comunes de descripción, y todo, tiene algún mayor atractivo del de otras partes en estas montañas nuestras, que casi siempre ostentan a la luz del día sus pizarras y granitos, o en nuestros llanos secos. Paradoja parece, y es verdad clara, que los países siempre floridos suelen engendrar menos número de poetas descriptivos que aquellos en que se muestra más avara la naturaleza exterior; pero, reflexionándolo maduramente, ¿no es verdad que fuera ocioso fatigar mucho al espíritu para crear aquello mismo, que gratuitamente y a manos llenas nos ofrecen los sentidos? De aquí nace, y dicho sea al paso, que la poesía lírica, en los países frondosos, sea menos descriptiva, aunque más profundamente sentida y más ideal que en los estériles, como engendrada en las pasiones del alma, y ocupada solamente en ella, sin distraerse con los primores vulgares de la naturaleza física. Por ser, pues, donde quiera, predilecta hija del alma la poesía lírica, y responder a su necesidad de ideal mejor que otra alguna de las artes, y porque singularmente entre nosotros también tiene por oficio reemplazar en la fantasía las bellezas reales que la naturaleza escasea (sin otras muchas buenas, medianas o malas razones, que por brevedad callo), es por lo que yo, en suma, celebro que tengamos con abundancia poetas líricos, dígame lo que quiera en contrario.

No es, por desgracia, el que aquí ofrezco a la curiosidad de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, ningún ignorado Fray Luis de León, o nuevo Herrera; ni, hablando en conciencia, puedo tampoco darles seguridad completa de que, tal cual hizo Dios a mi autor, sea desconocido hasta hoy de todo punto, por más que eso resulte de mis investigaciones. Pero, en cuanto a su mérito, que es con mucho lo más importante, creo poder afirmar sin escándalo, que, ya que no merezca figurar al lado de los de primer orden en la literatura castellana, ninguno le aventaja entre los de segunda fila. Preciso es tener en cuenta, para juzgar a éste, como a todos los autores de versos líricos que ningún hombre suele hacerlos excelentes en gran número; así como son pocos los que, sabiéndolos construir materialmente, no logran producir algunos que intrínsecamente también sean buenos. Por lo mismo que la poesía lírica, para alcanzar altos quilates ha de estar siempre inspirada en los afectos del alma, y por lo mismo que en ella resplandece tanto la peculiar manera de sentir de los autores, acontece esto que digo. En las almas ricas y enérgicamente sensibles, se engendran más afectos que en las otras; pero todo tiene su límite, y no hay escritor, que se haya empeñado en trasladar demasiados de ellos a sus versos líricos, que no incurra a la larga en amaneramiento. Hasta el imitarse unos a otros estos tales poetas, proviene, a mi juicio, del afán de representar mayores y más afectos que sienten, o afectos ya suficientemente expresados como de verdad los han sentido. El autor que hoy pretendo dar a conocer al público, trató también de expresar más afectos que sintió, cual tantos otros, y cual otros tantos,

imitó mucho a los más célebres de sus contemporáneos, para aumentar con sentimientos ajenos su caudal poético, como si la riqueza de este consistiera en el número de las piezas y no en su valor intrínseco: error frecuentísimo en todos tiempos. Merece acaso él excusa porque probablemente haría versos por recreo propio, o particular desahogo de su alma, y no para causar admiración, ni aún contento a las gentes; pero ya que su manuscrito ha llegado hasta nosotros y hemos de juzgarle, no por su intención, sino por sus obras, preciso es reconocer que incurrió en el defecto más general de los poetas líricos: *el de componer demasiados versos*. Tuvo, en cambio, cual demostrarán las citas que he de hacer de su libro, grandes calidades de poeta: elevación, a las veces, verdadera sensibilidad con más frecuencia todavía, ingenio y discreción siempre. Y en lo que más resplandece para mí, su mérito, es en la gracia y primor con que usa el habla castellana, que son tales, que dudo que le exceda en ello otro ninguno de nuestros poetas líricos. Pero es hora de dar al público las noticias que tengo de mi autor, ya que tan pocas son, acompañando con ejemplos mis propios juicios, a fin de que otros puedan formarlos más acertados; que de seguir en cierto orden de reflexiones se haría más largo que quiero que sea, y puede ser este artículo.

No será extraño que sorprenda a los lectores de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA el que haya llegado tan adelante, sin confesar que en este caso ignoro lo mejor de la biografía de todo autor, que es su nombre. Ninguna indicación se halla de este en los versos de mi poeta, ni los detalles que ellos contienen de su vida cuadran bien a ninguno de los autores generalmente conocidos. ¡Triste circunstancia, por cierto! Porque la verdad es que un poeta sin nombre no acaba de ser saboreado, ni menos amado, por los que leen sus versos, aunque, por ventura, gusten de ellos. El anónimo tiene algo de repugnante a la curiosidad humana, que hace que sea indiferente, cuando no odioso. Siéntese uno tentado a ponerle nombre a todo autor no conocido y digno de serlo, al modo que al modo que a los mártires anónimos de las Catacumbas se les ponen piadosamente en Roma, antes de repartirlos por los altares de los templos cristianos. Pero los críticos carecen de poder y facultades para tanto; y mal que me pese, tengo que presentar a mi autor desnudo de nombre, cual vino a mis manos. Todo lo que puedo asegurar, es que el manuscrito que poseo es del tiempo del autor, aunque ninguno de los dos caracteres de letra que en él campean debe de ser suyo, por los errores de copia que se advierten. Sin duda aquel buen poeta tenía tan mala letra como los de ahora usan, y hacia copiar por otros en un libro los borradores de sus versos. Vendíome el tal manuscrito en Roma, corriendo los primeros meses de 1857, la mujer de un pobre pescador, que de tiempo inmemorial lo había visto en su casa, llevándome sólo por él unos cuantos *bayocos*. Ciento setenta y cinco hojas útiles le componen, que podrán contener como hasta cuatro mil quinientos o cinco mil versos, españoles los más, italianos algunos. Es difícil hallar carácter de letra más gallardo que el que llena la primera mitad del libro, y hállase además éste lujosamente encuadernado en pergamino, con filetes y flores de oro. Aunque ningún dato encierra, como va dicho, que baste a descubrir el nombre de su autor, no faltan en él algunas otras importantes particularidades de su vida. Por ejemplo: que fue natural de esta corte (bien que no aparezca entre los *Hijos de Madrid*, del diligentísimo don José Antonio Álvarez y Baena), claramente lo dice el libro en estos versos:

Al salir de mí patria a quien coronan  
once estrellas, un oso y un madroño,  
célebre corte del mayor monarca  
que Febo vio de Antártico a Calisto, etc., etc.

También parece que hubo de estudiar en Salamanca, puesto que allí pasó sus primeros años, según demuestra cierto soneto escrito en Roma a la memoria de uno de sus amores, al parecer de los primeros, que empieza con este verso:

¡Ay Tormes claro de mi fuego archivo! etc.

Y concluye con los siguientes tercetos desgraciadamente aconsonantados:

Y pues mis quejas ponderaste atento  
con guarda oído, con piadoso celo  
ayuda al que en amor pierde el aliento.  
Dile, si vieres de mi dueño el cielo,  
que, pues su ausencia impide mi contento,  
asista en su memoria mi desvelo.

Nada se deduce del manuscrito acerca de la fecha de su nacimiento. Constan en él, no obstante, muchas de las de sus versos, que empiezan con la de enero de 1640, en que dedicó una composición a la señora Andriana, cantatriz famosa, y terminan con la de un soneto escrito a 18 de abril de 1644. No puede dudarse, pues, que tenía el autor grande afición a las musas cuando tantos versos hizo en tan corto plazo. Todos los que comprende esta colección están escritos en Roma, aunque debía de tener ya muchos hechos el autor, según lo bien que los hacía; y allí sirvió a un monseñor, no se sabe si cardenal, obispo o auditor de Rota, porque no le nombra, con quien solía estar en desgracia, como canta el décimo de sus sonetos, que de esta suerte comienza:

Ó dura sujeción, o infausta suerte,  
ó insufrible pesar, tormento y pena,  
a que el servir y no medrar condena,  
cuya vida mejor llamara muerte.

Y contiene en el primero de sus tercetos esta advertencia al lector:

**[-198→]**

Bien pueden darte claros desengaños  
los grillos que me pone la obediencia  
por un delito propio de mis años.

Dos cosas se deducen de aquí: la primera, que el autor era muy mozo, a la sazón; la segunda, que, aun viviendo y todo como el soneto dice, en el palacio de un monseñor, hacia vida muy alegre y enamorada, que le exponía a la justa indignación de su amo. El poeta atribuye una de sus desgracias a los celos de cierta dama en los siguientes fragmentos que al paso pueden servir de ejemplo de la perfección y donaire con que sabía hacer los versos cortos y aconsonantados:

Sagradas ninfas del Tíber,  
que, en su cristalino asiento,  
escucháis de humanas voces  
los enamorados ecos;  
vosotras que sus historias,  
entre el fugitivo imperio,  
escribís con tersa mano  
cantáis con sonoro plectro;  
oid mi dolor, oid  
con las mudanzas del tiempo,  
mi mal, si palabras pueden

comprenderle, siendo inmenso...

No vengo, no, a repetiros  
el logro de mis deseos,  
bien sabéis que amor no da  
renta, sin pensión de celos.  
Estos, en fin, me han traído  
al estado en que me veo,  
que, cuando no son cobardes,  
pueden preciarse de ciegos...  
Sombras siguen, los pesares,  
a los placeres inciertos:  
pasan aquestos volando,  
duran para siempre aquellos.  
Ingenioso es el querer,  
el daño no halla consejo,  
modos hay para alcanzar,  
para conservar no hay medio.  
Si largos cuidados llegan  
al bien merecido premio,  
la mujer mas firme imita  
la fragilidad del viento.  
¿Quién pensara que negarse  
intentara Aminta ¡ay cielo!  
a obligaciones antiguas  
por un enojo pequeño?...  
Di, ausente, satisfacciones;  
pero todas no valieron,  
que a quien engañar procura  
la verdad convence menos.  
Al paso que me ha ofendido,  
adoro, estimo y venero,  
la enemiga que idolatro,  
la ocasión de mis desvelos.  
Lágrimas exhalo, o llamas,  
un risco ablandar pretendo,  
y, huyendo del desengaño,  
hago asilo del silencio.  
Admirado de mi mismo,  
entre afligido y suspenso  
ni doy lugar al discurso,  
ni en el obrar me resuelvo.  
Pasan días como edades  
cuando verla no merezco,  
que en su presencia divina  
fueran los siglos momentos...  
Sirvo, que con este nombre  
lacónicamente creo  
se encarecen bien los daños  
que la adulación ha hecho...  
Luego que de la privanza  
subí al trono mas excelso,  
desenvainó la ambición  
de su lengua los aceros.

¿Qué me aprovechó el volar  
 si Ícaro soy en el suelo,  
 que son cera los favores  
 y un Etna la envidia ardiendo?...  
 Descréditos de opinión  
 entre guerras de deseos  
 ponen treguas; que al honor  
 vencer, el amor condeno.  
 ¿Más qué importa resistir  
 pensativo, solo y preso,  
 si donde reina ambición  
 ceden los demás respetos?  
 De una traición, de un agravio,  
 de una injusticia me quejo:  
 ¡corta Parca el débil hilo,  
 que me es el vivir infierno!

Hállase varias veces interpuesto entre los versos cortos de este romance, cual se ve en otros de aquella época, el estribillo aconsonantado que sigue:

Perdí mi bien, y en tanto desconsuelo  
 otro le goza, que es mayor tormento.

Oscura es la historia, por cierto; mas el dolor por ella causado está bien sentido; y, a saberse su nombre, no dejaría de merecer compasión el triste poeta que, por celos, al parecer injustos, de una dama, no tan sólo tuvo que sufrir que pasase ésta a manos de otro, sino que perdió al propio tiempo la privanza del monseñor a quien servía *muy de antiguo*: según declara uno de los versos omitidos, con el fin de hacer menos pesada la cita. Acaso la envidia de que se queja haría llegar envenenada a oídos de su señor aquella historia, en la cual antes lástima que castigo merecía el poeta, aunque ciertos toques del romance dan a entender que aquel debía a la dama ingrata respetos que había atropellado, y que ésta tuvo personalmente parte en la indisposición del poeta con su señor, como si se tratase, por ejemplo, de alguna hermana o parienta del último, no mejor en costumbres que el paje o familiar por su causa desgraciado.

Sea de esta cavilación lo que quiera, ni debió de tardar mucho el poeta en consolarse, ni parece tampoco que, por miedo a su señor, mejorase de conducta. Pregonaba a cada paso la vida enamoradísima y por todo extremo alegre que continuó haciendo el contexto de sus versos, en la mayor parte eróticos y apasionados. No hay metro, ni género en la poesía lírica, que no le preste dones para servir a sus damas, Las cuales hubieron de ser muchas, casi innumerables, y de muy diversa condición, según son varios los nombres y las circunstancias distintas, que al frente de las composiciones aparecen. Dedicábalas mi ignorado poeta muy buenos madrigales, como éste, por ejemplo:

Ojos míos, pues sabéis  
 que vive solo en miraros,  
 el más firme en adoraros  
 y a quien más costado habéis;  
 si deudas reconocéis  
 pagadme, hermosos luceros,  
 con que tal vez pueda veros,  
 porque sea de esta suerte,  
 o más dichosa mi muerte,

o menos grave el quereros.

Hizo también en honor de unas y otras gran número de sonetos, aunque no dejara de consagrar asimismo algunos a asuntos graves; porque, entre todos, pasan de doscientos los que compuso. Hállanse en estos, con frecuencia, hermosos cuartetos al empezar, decayendo luego en los segundos y tercetos, como Góngora y otros de nuestros sonetistas. Sirvan de ejemplo los dos cuartetos siguientes, cada uno de los cuales da principio a un soneto amoroso:

Era la lluvia y tempestad pasada,  
el cielo ya sereno se ofrecía,  
y a las aguas su límite ponía  
aquel Autor que las crió de nada.

—

A nadie fue la esclavitud odiosa  
tanto como a mi alma aborrecible  
la libertad, ni a nadie fue apacible  
la vida tanto, como a mí penosa.

El siguiente soneto, lo copio entero, porque demuestra el despecho o hastío, que, por lo mismo que las amaba con tanto exceso, le causaban en ocasiones las mujeres:

Mujer fue causa del primer pecado,  
mujer ocasionó muerte y prisiones;  
¡mujer dio al mundo guerras y pasiones,  
que tantas monarquías han llorado!  
Mujer vendió a su esposo enamorado,  
entregándolo a idólatras naciones,  
mujer vertió su sangre en ocasiones,  
por lograr un deseo mal pagado.  
Mujer es la fortuna en sus mudanzas;  
mujer es cocodrilo, y es sirena,  
con lágrimas y voz mata y engaña:  
No pongas en mujer tus esperanzas,  
porque será sembrar en el arena,  
y es más liviana y débil que la caña.

En esto de los asonantes en los tercetos, cosa insufrible ahora a nuestro oído, no se solía reparar por entonces en España: como ni aún ahora se repara en Italia, donde nuestro autor escribía. Nadie se ha acercado tanto a la perfección en tal género, en opinión de Quintana, como Lupercio de Argensola; y, con todo, en el primero de los sonetos que el propio Quintana da por ejemplo, cuatro de los seis últimos versos son también asonantes. El famoso soneto de Góngora que empieza:

«La dulce boca que a gustar convida,» etc.

termina con este infeliz terceto, de versos asonantados:

«Manzanas son de Tántalo y no *rosas*,  
que después huyen del que incitan *hora*,  
y sólo del amor queda el veneno.»

No hay, pues, que sorprenderse de que mi desconocido poeta caiga en inadvertencias iguales. Mas he indicado ya que él sabía también elevar su musa, en las

raras ocasiones que la dejaba el amor desocupado; y quiero probarlo con una corta composición *a Roma*, escrita en versos sueltos, donde campea gallardamente la lengua castellana, y la maestría del autor en versificar se ostenta muy clara. Sabido es cuán pocos son los buenos versos sueltos que hay en castellano, y que hasta que a fines del siglo último o principios del presente, construyeron los suyos Jovellanos y don Leandro Moratín, únicamente de Jáuregui se habían publicado en cierto número, con estructura y entonación adecuadas. Pues veamos ahora si están o no bien contruidos estos versos sueltos o blancos, del vate madrileño, que estoy dando a conocer someramente:

Del imperio fue aquí la antigua silla,  
 en paz temida, triunfadora en guerra:  
 fue; porque ya el lugar no más se mira.  
 y lo que Roma fue, tierra lo cubre.  
 Estas que yerba oculta, que el pie pisa,  
 máquinas que hasta el cielo parecían  
 subir, cayeron: sombra apenas se halla  
 de Roma, que a sus pies el mundo puso.  
 Ceden sus glorias bárbaras al tiempo  
 que alza los llanos y los montes baja,  
 Roma en Roma no está; Vulcano y Marte  
 le quitaron a Roma la grandeza  
 de Roma, pues las obras, donde el arte  
 venció a naturaleza, destruyeron.  
 Hoy (vuelto el mundo lo de abajo arriba)  
 yace cadáver, en su polvo envuelta;  
 y entre aquestas ruinas, que en el suelo  
 divididas se ven por varias partes,  
 tuvo en si misma muerte y sepultura.

¿No es verdad que suena ya en estos versos, a pesar de algunos ligeros descuidos, la lengua incomparable en que se escribió luego la *Sombra de Nelson*?

La muerte de una hermana dio, entre otras, ocasión a nuestro poeta para demostrar que sabia también llorar en endechas, como se ve por las siguientes:

Ya busco soledades,  
 que, si posible fuera,  
 huyera de mí mismo:  
 ¡a tanto el dolor llega!  
 No extraño yo que un hombre,  
 infeliz se aborrezca,  
 porque en sus pensamientos  
 sus enemigos lleva.  
 El gusto me entristece,  
 el padecer me alegra,  
 y hasta el contento ajeno  
 parece que me ofenda.  
 El no comunicarla  
 más la congoja aumenta;  
 pero el morir es dicha  
 cuando el vivir es pena.  
 Las aves me acompañan  
 por este monte y vega,  
 y a mis acentos tristes



responden lisonjeras...  
 Enternece mi llanto  
 la más inculta peña,  
 y a compasión obligo  
 los árboles y fieras.  
 Los libres arroyuelos,  
 espejos de las yerbas,  
 el sentimiento avivan  
 al paso que deleitan.  
 Parece que, vertiendo  
 sus lágrimas de perlas,  
 se duelan de mis males  
 y mis trabajos sientan.  
 Ya a mí no» me conozco.

[-199→]

que tal olvido engendra  
 desgracia que no admite,  
 cordura ni paciencia, etc.

No todas las endechas de esta larga composición son tan bellas ciertamente; pero hay muchas iguales a las anteriores, y la desigualdad que entre unas y otras se advierte, es a poco más o menos la que ofrecen los poemas de la misma índole en Lope de Vega y los demás poetas de primer orden. Ya en la composición que acabamos de citar, se nota también con cuanta felicidad sabia describir yerbas y arroyos nuestro madrileño poeta; pero en este particular fácilmente podría hacerme interminable, y esfuerza que dé punto a mi artículo ya pronto.

Limitaréme, pues, a probar brevemente que sabia hacer también este poeta excelentes tercetos, como se ve en una larga *Elegía* donde se hallan los que siguen:

¡Qué poco tiempo al desdichado dura  
 el bien: trágico sea, odioso ejemplo,  
 mi naufragio, mi vida y desventura!

—

Que cuando yo a mí mismo me contemplo  
 gozoso un tiempo, y ya en continuo llanto,  
 aun con el tiempo mi dolor no templo;

—

Mientras que encubre de la noche el manto  
 al racional, al bruto, en ocio y sueño,  
 y de las aves se suspende el canto.

—

Solo yo triste, etc.

Ciertas incorrecciones, como una que se halla al final del verso interrumpido, acaban de poner en claro que el libro de que trato no había recibido la última mano; que, sin duda no omitiera su autor, a haber pensado en imprimirlo. Y la verdad es que merece el tal libro estar impreso; y que yo, por mi parte, no renuncio a imprimirlo algún día. Porque es de notar que muchos de los versos citados no son de los mejores que contiene. El deseo de dar a conocer lo más posible la persona del autor, que suele interesar tanto como las obras mismas a los lectores de este siglo, me ha hecho preferir a

otros mejores no pocos de los versos que he copiado. Nada he dicho, por otro lado, acerca de los versos italianos del autor, que no son por cierto inferiores a los castellanos, aunque estén en mucho menor número. Este artículo puede ser, en suma, más bien el anuncio de un libro inédito, que no su análisis y estudio concienzudo. Mas antes de terminar quiero todavía llamar la atención de los lectores de la ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA hacia una circunstancia importante, y es, que habiendo florecido ya por los años de 1640 a 1644 este inspirado hijo de Madrid, no se halla en su libro la menor huella del *culteranismo* a la sazón reinante. Lo único que en sus versos aparece es el alambicamiento amoroso y artificioso discreto que, desde el tiempo del Petrarca, distinguió a los poetas italianos; y que, tanto o más que en mi desconocido autor, se nota en los mejores que hubo en España en el siglo XVI. Formóse aquel, indudablemente, en Salamanca o Madrid, con el estudio asiduo de Herrera, Rodrigo Caro y Lope de Vega en los buenos días; y cuando se halla en sus versos alguna mayor afectación que en los de sus modelos, nunca parece debida al influjo de Góngora, sino más bien al del famoso caballero napolitano, Juan Bautista Marini, muerto en 1625, cuyas obras ciertamente conoció en Italia. Fácil de explicar es, entre tanto, que se haya perdido el nombre y la memoria del poeta madrileño, por lo mismo que eran en aquel tiempo tantos en número los españoles que habitaban, con mil motivos diversos, la Ciudad Eterna. En 1640 halló nuestro embajador bastante número de ellos para sacar violentamente de Roma al príncipe de Sanz, refugiado allí desde Nápoles; y conducirlo a aquella capital, donde sufrió el último suplicio. Por el mes de junio de 1612. cuadrillas de castellanos y catalanes ensangrentaron a Roma, dirimiendo a tiros en sus calles y casas, nuestra civil discordia. En 1643, por fin, y no lejos de la famosa fuente de Trevi, hubo una verdadera batalla campal entre los españoles que acompañaban al marqués de los Vélez, nuestro embajador, y los portugueses y franceses que escoltaban al obispo de Lamego, enviado en Roma del rebelado duque de Braganza, con pérdida de cinco muertos y siete heridos por parte de los portugueses y franceses, y dos de los primeros y nueve de los segundos por la de los españoles. Durante estos años y los siguientes estuvo mi poeta en Roma, según aparece en su libro: ¿quién sabe, pues la parte que tomaría en tales sucesos, si volvería incógnito a España para purgar sus liviandades de mozo sepultándose en algún convento, o si más bien sucumbiría al cabo en alguno de los sangrientos encuentros que, a cada paso, suscitaba entonces, en aquella gran metrópoli neutral, la rivalidad de las naciones cristianas? Muy ocasionado es a tropiezos y caídas el caminar por tales tinieblas, y bueno será hacer aquí alto.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.